

ano 2º de junio 1976

marzo

mi muy adorada y hermosa Josefina  
 mía: Si supieras lo que me ha venido con tu  
 carta te reirías conmigo, como me río yo ahora  
 otra vez relejiéndola por no sé qué ver más.  
 Qué pilla es mi carta, nena mía, que ha co-  
 mido más que ningún día para cogerte dur-  
 miendo. No creas, no, que ha sido por que  
 tú te has levantado más tarde por lo que  
 la has recibido en la cama. Es que le dije  
 yo cuando te la mandé: a ver si tienes  
 tanta alma que llegas y la encuentras y  
 la sorprendes acostada todavía. Se lo de-  
 cía de todas las cartas cuando las echaba  
 y por fin una ha logrado cogerte despi-  
 erada, porque a lo mejor te ha pillado  
 hasta sin camisa. ¿Qué gusto, nena mía  
 de mi alma, y qué susto para ti si voy  
 yo metido y escondido en un rincón de la  
 carta y salgo y te veo tal como estabas  
 cuando tú te pusieras a leerla. De pensar  
 nada más me dan escalofríos y quisiera  
 tener mi carta aquí en mis manos para  
 preguntarle qué cosas ha visto. No es nin-  
 gun milagro que te besara al cogerte retra-  
 to del pelo, por que duermes con él al lado de  
 mi cabeza y los besos que le doy de mañana  
 y de noche son la única oración que hago para

levantar me y acostarme, hemoiriruna de  
mis entrañas, que tengo unas ganas locas de  
que seas mi esposa. No sé cómo me dices que  
ha sido una casualidad que te besara, cuando  
la única casualidad es que no te besa.  
Te voy a decir el gusto que echan mis labios  
y tú me dirás el gusto que echan los tuyos  
también: mira, lo quica quapa, mis labios  
echan gusto a arupre y cuando besan  
echan humo como los del demonio. No  
te recomiendo que los beses nunca porque  
te vas a envenenar. Me da mucha rabia  
eso de que tu padre se niegue a dejarte ir  
a Oihuela ni a Cox. No puedes imaginarte  
lo que me contaría eso y si pudiera darle  
un par de bofetadas al autor de tus días se  
las daba con todos mis fueras. Tienes que  
convencerlo, porque tú insignificante lo que sería  
ir a verte ahí un par de días. Es para deses-  
pensar a cualquiera. No me conformo, nunca,  
no y no. Tienes que ir a Cox al menos, si es  
que tu padre no se atreve a dejarte ir sola  
a Oihuela. Tú has de ir porque te deje, tú has  
de ir por convencerlo, ¡verdad queñidísima de  
mi alma y mi corazón y toda mi vida? Si,  
falta menos de un mes, pero total para qué:  
¿para verlos un par de días? Me niego rotun-  
damente a eso. Si es necesario se lo diré al

Presidente de la República para que convenga  
a tu padre. Bueno, ya sé que tu mamá pa-  
ra que no sea preciso tanto. Reina mía había  
tenido que interrumpir mi carta esta mañana,  
y la sigo ahora, esta tarde, pero aún es muy  
temprano y te llegará mañana miércoles  
como tú esperas. Da recuerdos míos a esas ami-  
gas tuyas y dílas que tengo ganas de conocer-  
las a todas. Me alegro mucho, vena de mi  
pensamiento y de mi sentimiento que lo pase  
más distraída ahora con esas amigas, y sien-  
do yo el que esté a tu lado distrayen-  
dote con lo que tú quieras, y yo no quiero.  
El tiempo para conmigo siempre, Josefina  
mía, y ya verás como en cuanto vaya a  
verte lo notar. Ahora se nos hace a los do-  
s muy largo, y estamos deseando que enpiere  
un día y acabe otro, pero ya verás como en  
los días que estemos juntos se nos pararán las  
horas en nuevo tiempo del que nosotros quera-  
mos. No sé por qué me he puesto de mal humor  
ahora, esta tarde. Tal vez es por el mal tiempo  
que sigue haciendo aquí, que aún no sé si  
esto es verano o invierno. No sé ha quitado la  
nieve de la sierra y cuando sopla el viento de  
ella hace frío. Tengo unas ganas locas de  
vivir junto a ti siempre para no sentir frío  
nunca, porque tus ojos me darán calor siempre  
y tu labio también y tu aliento. No no avís-

trunbare nunca a vivir en Madrid ni en ningun-  
na ciudad que no sea Oribuela, o un pueblo de  
por allí. Tengo muchas probabilidades de ir  
a Francia o Inglaterra si quisiera, pero no que-  
ré nunca porque no quiero estar más solo de  
lo que estoy aquí. Sigue mandandome hasta  
el último pétalo de tu rosa y nia, que así  
me crece que el tiempo no pasa, y que estoy  
en Oribuela todavía como cuando la besa-  
mos en los andenes de la estación. Pronto te  
dare la noticia de que voy a hablar por la ra-  
dío. Creo que antes de una semana me oirás  
y solamente siento no poder escucharte yo a  
ti también al mismo tiempo que tú a mí. No  
me preocupa tanto como a ti que me digas lo  
que me vas a mandar, porque si me lo man-  
das pronto lo voy a saber pronto también. ¿Es  
otra corbata? No me ponga ya la otra, porque  
quiero conservarla para cuando estemos juntos  
y no quisiera que se me rompa. Como tienen que  
plancharme cada vez que me la ponga, por eso  
me tu Miguel, que cada día está más orgulloso  
de ti. Dime si sigues poniendote amonico o si te  
vas volviendo de las que hoy que haces muchos esfuer-  
zos para poder abarcarlos. Dime si sigues teniendo  
el mal gusto de boca y si no haces por remediarlo.  
Dime si que ese mal gusto se te quitaria mejor con  
lo que yo te recomiendo de mi corazón, pero como hasta  
algún tiempo despues no va a ser posible quitartelo,  
me me dice? La sabrás alguna vez la mía o no  
la mía de ahora sin pecar y te beso idem  
que Miguel, Miguel